feccionadores, los verdaderos padres del lenguaje poético empleado por los líricos españoles de los siglos XVI y XVII; en los cuales, si subió muy alto, cayó tambien en grandísima decadencia, merced á los extravíos de los Ledesmas y de los Góngoras, jefes de los grupos de poetas que enarbolaron la bandera del mal gusto literario.

## LECCION XXXVII.

Poesía épica.—Consideraciones prévias sobre los poemas épico-religiosos.—Número de estos y mencion de los más importantes: La Cristiada, de Hojeda, El Monserrate, de Virués, y otros del mismo carácter.—La Creacion del mundo, de Acevedo.—Poesía épico-heróica: indicaciones sobre lo que constituye la epopeya española.—Poemas históricos relativos à Cárlos V.—Idem idem á los descubrimientos en el Nuevo Mundo.—Ercilla; su vida.—La Araucana.—Mencion de varios poemas de carácter caballeresco.—El Bernardo, de Balbuena.—Poemas histórico-caballerescos: La Jerusalen conquistada, de Lope de Vega.—Poemas épico-burlescos: La Gatomaquia, de Tomé de Burguillos (Lope de Vega), y La Mosquea, de Villaviciosa.—Indicaciones sumarias sobre los poemas menores.—Romances épicos de carácter erudito escritos en este período.

Indicado, como queda, en la leccion XXX el carácter de nuestra poesía épica durante los siglos XVI y XVII, entraremos desde luego en su estudio, recordando la division en géneros que de la épica quedó establecida en la primera parte de esta obra (T. I, leccion XXXIII), y á la que nos ajustaremos para el estudio de las manifestaciones que durante los expresados siglos produjo la musa épica castellana.

Era natural que, dada la preponderancia que en nuestro pueblo tuvieron los sentimientos religiosos y la influencia que la Iglesia habia ejercido en todas las esferas de su vida durante la Edad Media, y siguió ejerciendo en los siglos de que ahora tratamos, se escribieran muchos poemas de los que en la leccion á que ántes nos hemos referido, quedan clasificados como épico-religiosos, máxime cuando de esta clase fueron las primeras manifestaciones de la musa caste-

llana, segun en la leccion IX de esta segunda parte quedó establecido. La tradicion que parte de la literatura latino-eclesiástica, y se prosigue en los albores de la poesía nacional por los autores anónimos de los poemas que en dicha leccion IX mencionamos y por Berceo, halla muchos continuadores en el primer período de la segunda época de nuestra historia literaria.

Dejando á un lado el poema que con el título de Christopathia escribió en el primer tercio del siglo XVI (por lo que cronológicamente se le considera como el primero) Juan de Quirós, y que tuvo por objeto cantar la pasion y muerte de Cristo, nos fijaremos en el que todos los críticos tienen como el más importante y que es debido á Fray Diego de Hojeda, religioso dominicano, natural de Sevilla y regente de los estudios de predicadores de Lima, donde escribió la obra á que nos referimos, y donde murió siendo superior de un convento de dominicos, fundado por él mismo, á 24 de Octubre de 1675 y cuando contaba cuarenta y cuatro años de edad. No se tienen de él más noticias sino que residió bastante tiempo en América.

La Cristiada es el título del poema de Hojeda á que nos referi mos, y que fué publicado por vez primera en Sevilla en 1611. Tiene por argumento la pasion de Jesucristo, empezando en la última cena que éste tuvo con los apóstoles, y concluyendo con el descendimiento y sepultura del cuerpo del Crucificado. El asunto principal del poema está adornado de muchos episodios que dan razon de lo pasado y de lo porvenir, y que vienen como á completar el conocimiento del gran hecho de la Redencion (1). La accion se presenta en este poema con sencillez y desembarazo. La parte sobrenatural forma la esencia verdadera del argumento de La Cristiada, en la cual hay pasajes bellísimos como los que se refieren á la oracion del Huerto, y otros llenos de una

<sup>(1)</sup> Sobre la poesía épico castellana, discurso publicado con las obras completas de Quintana en el XIX de la Biblioteca de Autores españoles: es un trabajo excelente que no deben dejar de ver los estudiosos, y al cual nos referimos en esta leccion.

grandeza verdaderamente dantesca, como, por ejemplo, el de la vision de los triunfos de la Iglesia, que Cristo tiene ántes de ir al suplicio. Si los caractéres de los personajes que intervienen en esta obra no presentan nada de particular ni de bello, en cambio lo maravilloso y lo divino, circustancias indispensables en todo poema de esta clase, están manejados con singular maestría y de una manera adecuada al asunto. El estilo es adecuado tambien al tono y argumento de la obra, y se distingue por lo fácil y por ser más tierno y patético que enérgico y sublime. Aunque algunas veces peca de oscuro, el lenguaje de La Cristiada es propio, natural y puro, y se halla exento, como dice Quintana, «de la afecta-»cion, pedantería, conceptos y falsas flores que corrompie-»ron despues la elocuencia y la poesía castellanas» (1). Sin embargo, tanto éste como el estilo suelen adolecer de falta de nobleza y elegancia, hasta rayar muchas veces en prosáicos y familiares, lo que constituye un defecto que aminora bastante el mérito de La Cristiada.

Esto no obstante, la versificacion es generalmente en este poema fluida y agradable, aunque nunca tan brillante y sostenida como la de nuestros buenos líricos. A pesar de los defectos apuntados, no merece *La Cristiada* el olvido en que se la ha tenido hasta hace poco tiempo.

Anterior á La Cristiada, aunque no tan importante, es, sin duda, el poema que con el título de Monserrate escribió el capitan Cristóbál de Virués, publicándolo por vez primera en 1588. De este poeta volveremos á tratar cuando estudiemos la poesía dramática, por lo que ahora nos concretaremos al poema mencionado. Su asunto es una leyenda de la Iglesia española en el siglo IX, pues trata de la aparicion

de la Virgen de Monserrat. Juan Garin, que es el protagonista, vivia como ermitaño haciendo penintencia en aquellas asperezas, y habiéndole llevado el Conde de Barcelona su hija para que la curase de una enfermedad que padecia, sintióse acometido de una mala tentacion, y sin reparar en nada violó y dió muerte á la infortunada doncella. Arrepentido Garin de su crimen, pasó á Roma para impetrar del Papa el perdon de sus culpas, que consiguió à costa de una penitencia humillante, cual era la de andar en cuatro piés, como lo hizo hasta llegar á su cueva de Monserrat, en donde fué cazado con redes como si fuese una fiera. Llevado delante del Conde, un hijo de éste, de edad de tres años, en palabras bien articuladas le dice de parte de Dios que se levante, pues ya sus crímines están perdonados: hácelo y el Conde le perdona. Buscado despues el cadáver de la doncella, ésta es vuelta à la vida milagrosamente, todo lo cual coincide con la aparicion de la Virgen en la sierra y fundacion del santuario. Tal es el argumento de este poema épico-religioso (1), adornado de condiciones muy recomendables en su fondo y en su forma, por lo que bien pronto obtuvo el favor del público, sin que por esto pueda decirse que se halla exento de faltas, sobre todo en lo que á la versificacion y al estilo respecta, pues Virúes carecia del talento necesario para vencer las dificultades que en una y otro se le presentaban, nacidas principalmente de la misma indole del argumento de su obra.

Otros muchos poemas se escribieron á impulsos del sentimiento religioso tan desarrollado por entónces. El primero de ellos es el titulado *Década de la pasion de Cristo*, que en 1570 publicó el virey de Cerdeña D. Juan de Coloma: tiene diez cantos escritos en tercetos, en los cuales se refieren todos los hechos con verdad y naturalidad y con profundo sentimiento religioso. Sigue á este poema *El Caballero* 

<sup>(</sup>i) No es enteramente original La Cristiada de Hojeda, pues este tuvo á la vista el poema latino que con el mismo título escribió Jerónimo Vida (que tal vez tuviera tambien presente Juan Quirós para escribir el suyo, aunque por no saberse á punto fijo la época de su nacimiento y en que floreció no pueda asegurarse esto con certeza); pero lo es en cuanto á la distribucion del asunto y á los ingeniosos episodios que contiene. En 1841 D. Juan Manuel de Berriozabal publicó uu poema en nueve cantos con el título de La Nueva Cristiada de Hojeda. No es más que una refundicion, ó mejor extracto, de la obra de éste.

<sup>(1)</sup> En rigor el Monserrate es más bien una leyenda que un poema épico. Siendo su asunto una tradicion local y fantástica, debe considerarse como legendario, carácter que tienen muchos de los poemas religiosos que se escribieron por esta época.

Asisio, en que Fray Gabriel Mata reflere los hechos de San Francisco de Asís, fundiendo de un modo extraño lo religioso y lo cabelleresco. Francisco Hernandez Blasco, natural de Toledo, publicó despues un poema titulado La Universal Redencion, dividido en cincuenta cantos y escrito en un estilo y con una versificacion detestables: el autor toma los hechos que relata en la creacion del mundo y los deja en el dia del juicio final, y hace la advertencia de que de la obra no es suyo más que la versificacion, pues lo demás es inspiracion (en sueños) de una monja. El fecundo Lope de Vega, que invadió todos los géneros, públicó en 1599 un poema de carácter heróico-religioso titulado San Isidro Labrador, escrito en redondillas y de mérito no muy grande: su aspiracion, que realizó, fué la de hacer una obra perfectamente popular. Con más carácter didáctico que todos los que vamos enumerando, publicó en 1604 Fray Nicolás Bravo el poema La Benedictina, en el que con gran erudicion y profundo conocimiento de la historia eclesiástica española, canta los hechos de San Benito y de los principales varones de su órden, encareciendo las excelencias de ésta sobre todas las demás: esta obra carece de condiciones artísticas. No sucede lo propio en la titulada Vida, excelencias y muerte de San José escrita por Fray José de Valdivieso: es un poema mny extenso, que contiene una abundante copia de erudicion y alguna condicion poética, sobre todo en las descripciones del hogar doméstico del protagonista, pero al hablar de otros asuntos más elevados demuestra el autor afectacion, conceptismo y hasta gongorismo. El mismo Valdivieso escribió otro poema no ménos extenso que el anterior y con las mismas condiciones, titulado El Sagrario de Toledo. La Invencion de la Cruz, que Francisco Lopez de Zárate, su autor, dió á la estampa en 1648, aunque participa en gran manera del carácter histórico, debe mencionarse aquí, porque la verdad es que el espíritu y sentido profundamente religiosos que respira, determinan su filiacion en este concepto (1).

Los poemas hasta aquí mencionados pertenecen á la clase de los heróico-religiosos (llamados tambien humanos-divinos ó heróico-divinos), pero hay además un poema cosmogónico-descriptivo, que bien puede incluirse entre los religiosos, aunque diflera de los anteriormente mencionados.

Tal es el que sobre la Creacion del mundo escribió el doctor Alonso de Acebedo y fué impreso en 1615 en Roma por Juan Pablo Profilio. En esta obra, injustamente olvidada durante mucho tiempo, el poeta vence todas las dificultades del asunto y da muestras de profundidad de juicio, de grandeza de concepto y de una erudicion vasta, que no se afana por aparentar. Su lenguaje escogido y propio, como su estilo, que à la vez es grandilocuente y fluido, revelan condiciones poéticas poco comunes, sobre todo en las descripciones que Acevedo hace de la naturaleza, en las cuales no tiene rival. Esta obra, cuyo carácter didáctico está bastante acentuado y en la que la forma descriptiva es la predominante, no es completamente original, pues parece que está inspirada por la que con el título de Sepmaine ou creation du monde escribió el poeta francés Guillaume de Saluste, titulado señor de Bartas, á quien sus contemporáneos apellidaron príncipe de la poesía francesa.

Las conquistas y los descubrimientos de la época en que

<sup>(1)</sup> Muchos otros poemas religiosos pudieran citarse, tales como es-

tos: Palabras de Cristo en la Cruz, de Murillo; Cristo paciente, de José Martinez Guindal; El Sol máximo de la Iglesia, San Jerónimo, del Maestro Fray Francisco de Lara; Vida y Milagros de Santa Inés, con otras obras à lo divino, de Alvaro de Hinojosa y Carvajal; David, de Jacobo Uziel: La Reina Esther, de Juan Pinto Delgado: San Ignacio de Loyola, de Hernan Dominguez Camargo; El héroe Santo Domingo de Guzman, de Aguirre; Harmónica vida de Santa Teresa de Jesús, del P. José Antonio Butron y Mujida; La mejor mujer, madre y virgen, de Sebastian de Nieva Calvo; Los triunfos de Jesús, de Alonso Martin Braones; La Cristiada, de Juan Fransisco Enciso de Monzon; San Ignacio y La Nueva Jerusalen María, de Antonio Escobar y Mendoza: la Vida de Cristo, de Vivar: La Pasion del Hombre-Dios, de Juan Dávila: el Sanson, de Antonio Enriquez Gomez: La Cruz, de Ramirez Trapeza, y otros varios poemas de Diaz, Rodriguez de Vargas, Belmonte, Caudivilla, Carrasco de Figueroa, Povoas, Dessi, Franco Fernandez, Giron de Rebolledo, Hurtado, Litala, Martí, Melendez, Mendoza, Tovar, Valverde, Gregorio Paulo, Portalegre, Reyes, Ribera, Salgado, Tamariz, Salinas, Segura, Sierra, Torrado de Guzman y otros.

nos ocupamos, así como las acciones notables y los hechos valerosos de nuestros príncipes y héroes, tenian necesariamente que excitar la fantasia y los sentimientos de los españoles, segun en la leccien XXX dijimos, lo mismo que ya hemos visto que sucedió respecto de la idea religiosa. De aquí provienen los poemas épico-heróicos, de que ahora trataremos.

Ya hemos dicho en la leccion precedente que la literatura española carece en realidad de un poema que merezca el nombre de epopeya, circunstancia que se debe quizá á la variedad infinita de las aspiraciones de nuestro genio que no podian tener exacta representacion en un sólo poema. No tenemos, pues, más epopeya que la que constituyen nuestros romances, de los cuales ya se ha dicho lo bastante en la penúltima de las lecciones que hemos dedicado al estudio de las manifestaciones literarias de la Edad Media. Nos concretaremos, pues, á hablar por lo que á la poesía épico-heróica respecta, de los poemas históricos y caballerescos ó legendarios.

El primero de los personajes de aquellos tiempos que fué cantado por lo musa épica, es el emperador Cárlos V, á quien el valenciano Gerónimo de Samper consagró un poema, publicado en 1560, con el título de La Carolea, y escrito en octavas y en 30 cantos. El objeto del poema, como puede presumirse, es cantar algunos de los hechos principales del mencionado Emperador, del cual toma el nombre. En realidad no merece esta obra el calificativo de poema épico, pues además de que carece de unidad y de concepcion sintética. el autor concibió en ella la poesía épica, no con entera independencia como el género requiere, sino en inmediata relacion con la historia, de lo que resulta que su trabajo consistió sólo en poner en verso los hechos en que se ocupó y adoleció del defecto (puesto más de bulto por el lenguaje versificacion y estilo que son bastantes malos) que en la leccion XXX hemos hecho notar, relativamente al empeño de nuestros poetas épicos de querer aparecer ante todo como historiadores verídicos. En este defecto incurre con mayor insistencia aún Luis Zapata en su Cárlo famoso, poema que

tiene por objeto cantar las hazañas del referido Emperador, cuva vida entera abraza, v en el que empleó el poeta, segun confesion propia, trece años de trabajo, lo cual no es de extrañar tratándose de un poema que consta de 50 cantos y de más de 40.000 versos, y en el que la exactitud histórica está llevada al extremo de exponer los hechos año por año y acotar en las páginas las fuentes en que se fundan. Por lo demás, la obra de Zapata carece de las condiciones propias del género, pero está escrita en estilo más fluido y correcto y con una versificacion más esmerada que la de Semper. En el mismo sentido está escrita la Austriada, en que Juan Rufo GUTIERREZ caballero cordobés y secretario de D. Juan de Austria, refiere los hechos de este héroe con gran extension, siguiendo tambien punto por punto la historia, anotando las fechas y distinguiendo con virgulillas lo que es hijo de su fantasía de lo que es histórico (1).

Las conquistas de Cortés, Pizarro y otros en América, dieron tambien márgen á varios poemas, que en nuestra literatura épica constituyen un grupo interesante. El primero de ellos, cronôlógicamente hablando, es el que en 1588 publicó D. Gabriel Lasso de la Vega, con el título de Cortés valeroso, que seis años más tarde varió por el de La Mejicana. Síguense en este poema los pasos que en los mencionados ántes. En 1599 dió á la estampa Antonio de Saavedra

<sup>(1)</sup> A los poemas mencionados en el texto pueden agregarse: la Historia Parthenopea, en que Alfonso Hernandez cantó las hazañas del Gran Capitan; la Batalla de Lepanto, del portugués de Cortereal; la Conquista de la Bétiea, de Juan de la Cueva; el Pelayo, de Alonso Lopez Pinciano; los Famosos hechos del Ctd, de Diego Jimenez Aillon; la Numantina, de Mosquera de Barnuevo; España libertada, de la poetisa portuguesa Doña Bernarda Ferreira de la Cerda; Nápoles recuperada, del Príncipe de Esquilache; La Dragontea, de Lope de Vega, y algunos otros poemas debidos al Conde de la Roca, Ovando, Silveyra, Romero de Cepeda, Yagüe de Salas, Vezilla Castellanos, Giner, Diaz, Zamora, Mesa, Aguilar, Balbí, Botello de Moraes, Caravajal, Duque de Estrada, Garcia de Alarcon, Gaspar García, Jáuregui, Mendez Vasconcelos, Moreira, Sa de Meneses, Santisteban, Sanz, Savariego, Suarez de Figueroa, Trillo y Figueroa, y otros muchos de escasa importancia. La mayor parte de estos poemas versan sobre hechos de nuestra historia y algunos sobre los de la historia de Grecia y Roma. Muchos de ellos son cantos épicos de cortas dimensiones.

GUZMAN con el título de El peregrino indiano o conquista de Méjico por Cortés, un poema que consta de 16.000 versos. escritos, segun el mismo autor dice, en medio del Océano: tanto el libro de Lasso de la Vega como el de Saavedra tienen el carácter de crónicas rimadas, si bien en el del último hav más poesía y verdad. Por los mismos tiempos Juan de Cas-TELLANOS, que estuvo largos años en América y fué cura de Tunja (Nueva-Granada), escribió un poema con el título bastante extraño de Elegias de varones ilustres de Indias, en que canta las hazañas y virtudes de los más célebres capitanes y describe las batallas más nombradas, en muchas de las cuales se encontró. Este poema consta de tres partes, de las cuales sólo la primera contiene cerca de 90.000 versos: está escrito con demasiado órden y método histórico, pero con bastante elegancia de estilo y con la energia propia del lenguaje castellano, que el poeta emplea con propiedad y fluidez. Del mismo caracter es el poema que Martinez Barco Cen-TENERA escribió con el título de La Argentina: trata del descubrimiento y conquista de las provincias del Rio de la Plata, de cuya empresa fué testigo y actor el poeta, y no tiene importancia alguna, siendo su lectura fastidiosa y cansada en demasía.

El más importante de los poemas que de esta clase se escribieron en España por los tiempos á que nos referimos, es el titulada La Araucuna. Compúsolo D. Alonso de Ercilla Y Zúñiga, personaje que por su importancia y por estar considerado como el primero de nuestros épicos, merece que le dediquemos alguna atencion.

Era Ercilla oriundo de Bermeo y nació en Madrid á 7 de Agosto de 1533 Sus padres, que pertenecian á una ilustre familia, consiguieron que entrase en palacio con el carácter de menino ó page del príncipe, despues Felipe II, á quien acompañó en sus diferentes viajes por Europa, uno de los cuales fué el que hizo en 1554 pasando por Inglaterra, con el fin de casarse con la reina María Tudor. Con este motivo se hallaba Ercilla en Lóndres cuando se tuvo noticia de la rebelion del Arauco, en Chile; y ansioso de servir á su pátria y de alcanzar los laureles de la victoria, se ofreció á pasar

á aquellas tierras, como lo hizo con el Adelantado Gerónimo de Alderete, y prévio el permiso del príncipe. Veintiun años tenia Ercilla cuando tomó tan gallarda resolucion, y se resolvió á trocar el servicio palaciego por el militar, las comodidades de la córte por los azares de la guerra. Los secos terrones, los incultos y pedragosos campos del Arauco, como él los llama, fueron a un mismo tiempo teatro de sus hazañas y de su ingenio, porque en ellos, como él mismo dice, «tomando ora la espada, ora la pluma,» ciñó su frente con los laureles de Apolo y de Marte. A la heróica intrepidez con que se condujo en Millarapué, se debió principalmente el brillante resultado de aquella jornada; y de ésta y otras no ménos reñidas, á él se deben muchas de las interesantes noticias que tenemos, que no pocas veces tuvo que escribir, por falta de papel, en cuero y en pedazos muy pequeños de cartas. Acompañó á su general D. García Hurtado de Mendoza. en la conquista de la última tierra que por el estrecho de Magallanes estaba descubierta; y entónces fué cuando atravesó en piraguas el peligroso archipiélago de Ancudbox, donde adelantándose à todos escribió en la corteza de un árbol. una octava del canto 26 de su poema. Vuelto á Chile, estuvo à punto de sufrir la pena capital por causa de una disputa que, á consecuencia de un torneo celebrado en honor de la victoria de San Quintin, tuvo con Juan de Pineda; pero habiéndose alborotado sus compañeros por lo arbitrario é injusto de semejante sentencia, se le conmutó dicha pena por la de destierro, en cuya virtud marchó al Perú, con ánimo de pelear contra el tirano Lope de Aguirre. Restituyose á Espaha por el año de 1562, á los veintinueve años de edad, saliendo á poco para hacer várias correrías por Europa. En 1570 casó con doña Maria de Bazan, señora de ilustre familia, siendo su padrino Rodulfo II, principe à la sazon, de quien fué luego gentil-hombre, y á quien acompañó en diferentes viajes. Ya por el año de 1577 se encontraba de vuelta en Madrid, donde murió à 29 de Noviembre de 1594, despues de haber alcanzado gran estima entre sus contemporáneos, lo que no le impidió vivir arrinconado en la miseria suma, segun él mismo dice.